

## La negra sombra en Rosalía. Una interpretación existencial

**J. M. López Nogueira**

### Formas de citación recomendadas

#### 1 | Por referencia a esta publicación electrónica\*

LÓPEZ NOGUEIRA, J. M. (2011 [1975]). “La negra sombra en Rosalía. Una interpretación existencial”. *Nordés*: 2-3, 29-31. Reedición en *poesia-galega.org*. Archivo de poéticas contemporáneas na cultura. <<http://www.poesiagalega.org/arquivo/ficha/f/865>>.

#### 2 | Por referencia á publicación orixinal

LÓPEZ NOGUEIRA, J. M. (1975). “La negra sombra en Rosalía. Una interpretación existencial”. *Nordés*: 2-3, 29-31.

\* Edición dispoñíbel desde o 9 de xuño de 2011 a partir dalgunha das tres vías seguintes: 1) arquivo facilitado polo autor/a ou editor/a, 2) documento existente en repositorios institucionais de acceso público, 3) copia dixitalizada polo equipo de *poesiagalega.org* coas autorizacións pertinentes cando así o demanda a lexislación sobre dereitos de autor. En relación coa primeira alternativa, podería haber diferenzas, xurdidas xa durante o proceso de edición orixinal, entre este texto en pdf e o realmente publicado no seu día. O GAAP e o equipo do proxecto agradecen a colaboración de autores e editores.

# LA NEGRA SOMBRA EN ROSALIA

## UNA INTERPRETACION EXISTENCIAL

A la hora de investigar el sentido que para un poeta tienen sus versos, no debemos olvidar que existe en todo poema un trasfondo inconsciente del que el propio autor pudo, por definición, no haber tomado plena consciencia. El poema es, como diría Lacan del Inconsciente en general, una suerte de discurso encaminado a otro; pero el origen de ese discurso no tiene por qué radicarse en la zona clara de la mente; a menudo, brota de planos muy hondos —quizá por ello, muy «vivaces», para hacer nuestra una famosa intuición de Hölderlin. Rosalía sabe que está perseguida por una sombra; o mejor dicho: siente palpitante esa sombra en todas partes— «en todo cuanto toco y cuanto veo». Pero en el poema que nos ocupa, la sombra puede identificarse con fenómenos cósmicos diversos; la sombra anida en su propia entraña, «no mesmo sol» se muestra; es «murmurio do río», «vento», «aurora»... La perplejidad surge no tanto a la hora de localizar esa sombra, cuanto al pretender comprenderla, abarcarla, o incluso eludirla. El que pueda alcanzar lugares tan altos o profundos, es la otra cara de la perplejidad, del asombro que «asombra» a Rosalía.

Existencialmente, dos elementos cabe destacar en las intuiciones rosalianas. De un lado, el sentimiento existencial de la muerte; de otro, el sentimiento de fatalidad, imbricado o enmascarado tras un cierto sentimiento de culpa. Ya Dante había llamado a la conciencia moral «la eterna compañera del hombre». Pero en Rosalía la conciencia moral aparece a su vez disuelta en un sentimiento pancósmico de identidad, en que lo radical de nuestro ser («pra mí en min mesma moras»), transita por todo lo que posee un sentido simbólico receptivo de ese ser. Está la sombra en cualquiera de los fenómenos cósmicos que pueden entrañar un significado trascendente.

Desde antiguo, en las culturas indoeuropeas la Muerte aparece perfilada como aquel poder que «oculta, que entierra». La sombra de Rosalía circunda el ámbito existencial como sólo la muerte puede hacerlo. La sombra aparece aquí como «un doble» del ser personal, que acompaña el periplo vital de Rosalía. Domina también la capacidad de evasión del pensamiento. Es, pues, una Muerte absoluta; es no sólo la caducidad de la vida, sino la facultad de ocultamiento de la Muerte lo que cabría destacar.

Esta noción de la Muerte, peculiar de nuestros pueblos, aunque no exclusiva de los indoeuropeos, fue puesta en relación por Güntert con la ninfa divina Calipso. En griego, «kaliptein» incluye la raíz verbal \*kel, que en las culturas agrarias llevaba consigo la connotación de cubrir con tierra a alguien. La «sombra» es la magnificación mitológica de esa tierra encubridora primigenia.

La tierra es, con igual primariedad, «madre», seno, claustro, «matriz». El alma consciente puede creer salirse de esa gruta infantil, fetal (la gruta es símbolo de lo embrionario), pero la Muerte se encarga de sustituir a la tierra

en esa función de encubrimiento. La Muerte rodea, enmarca nuestro ser pleno, existencial, a la manera como el vientre, la matriz acoge en su seno al feto, a ser vital en desarrollo, en proceso.

Todas estas categorías existenciales de que hablamos, constituyen uno de los temas constantes de la creación rosaliana. Ahora bien: la capacidad de experimentar con semejante sensibilidad esas categorías sólo puede darse en un alma atormentada por la idea de la Muerte vinculada a la fatalidad, a la culpa. Es un conjunto, un complejo vivencial muy típico de las enfermas con tendencia depresiva. Teniendo en cuenta la patología clínica de la enfermedad que padeció Rosalía a su muerte, es muy sugeridora la idea de que su depresión anunció en cierto modo esa enfermedad, y hoy sabemos que ello es antropológicamente posible. Pero habría que buscar en algo más hondo esta vinculación, dada la edad a la cual Rosalía compone estos versos, y sin duda que podremos hallar en su biografía motivos suficientes para colmar el trasfondo depresivo básico, vital, endógeno, que parece haber definido su vida entera.

El componente fatalista, anancástico, de Rosalía, es notorio. Hay en ella plenamente prefigurada una personalidad depresiva, en el sentido en que actualmente lo ha puesto de relieve científicamente el psiquiatra alemán Tellenbach. Se dan en ella igualmente vivencias muy significativas en relación con el sentimiento de arraigo, y con la vivencia negativa que entraña la «mudanza» de territorio. Los traslados de Rosalía, y su sentimiento de apego a su tierra, su «attachment» su urdimbre constitutiva (en el sentido de Rof Carballo), han alimentado o creado por entero esta vivencia de matiz depresivo.

El carácter elegíaco de este poema, es un significativo vehículo para expresar esta situación espiritual. Rosalía parece cantar la imposibilidad de eludir no ya la muerte fáctica, o sea «el tener que morir», sino la índole finita, mortal, de toda posible existencia. Rosalía se anticipa aquí a Rilke, a Heidegger. Hay una sentencia de Otero Pedrayo que puede aclarar la íntima entraña de la vivencia rosaliana: «todas as cousas, incluso o tempo, son fillas da Morte». La proyección del alma como sombra hacia el sol, el río, las estrellas, trata de probar que también son mortales, o sea, identificables con la muerte, aquellos testimonios donde la «gran ocultadora» se hace notar. No sólo la sombra puede encaramarse sobre los astros, sino que también estos son susceptibles de desaparición, al morir el ser al que recuerdan la Muerte.

Pero el poema no es con todo pesimista. No parece hecho con el tejido de la angustia, sino con la urdimbre de la soledad, de la «Saudade». En la propia esencia de la Saudade va implícita cierta negrura, cierta sombra, hasta el punto de que una posible etimología —aunque improbable— de la voz «saudade» pudiera ser el árabe «saud» —negrura—. En cualquier caso la oscuridad de la Saudade es compatible con la luminosidad del sol, de la aurora, del brillo de la estrella. El contenido afectivo que revela el poema no es el miedo, el temor, la angustia, o sea, sentimientos de tipo alarmante, anunciadores de un desastre que intentan eludir, sino que dicho contenido está cuajado de melancolía, de tristeza. Hay más resignación que alerta; hay una cierta aceptación fatalista, más que una rebeldía asustadiza. La vivencia saudosa es siempre más laxa que

la puntiaguda amenaza de los sentimientos ansiosos. Estos ahogan, estrechan, aprietan, en su «angostura» esencial. La Saudade deja ser, deja existir, a lo largo y a lo ancho de la plena dimensionalidad del ser personal. El límite que la Saudade pone de manifiesto, es un límite por identificación, más que un límite por extrañamiento.

La Saudade forma parte de la maduración de la identidad del hombre. La angustia madura nuestra capacidad de captar lo hostil, lo alienante de la Muerte. La Saudade nos muestra mejor cómo somos hijos de la Muerte, más que simples víctimas de su acción. De ahí que las identificaciones vivenciales correspondan a lo que acabamos de decir: la madre, la tierra, o sea, elementos con los que se hace nuestra identidad.

En el poema, Rosalía acepta su identidad con la sombra. Hace notar así como también el «Ello», lo telúrico de nuestro ser, también es homogéneo respecto del «Yo». El Ello constituye al Yo, como fuente de identidad. Por eso no cabe extrañamiento alguno. No hay corte, no hay ruptura; hay inclusión, abrazo: un rodear el ser, más que constreñirlo.

La sombra es, así, mucho más que otra cosa, una fuente de origen que no nos abandona ni siquiera en la evasión que los horizontes vitales reflejados metafóricamente por el sol, las estrellas y demás elementos figurativos del poema, pudieran aparentemente abrir.

Rosalía captó con singular acierto la vivencia saudosa. Fue una de las grandes aportaciones metafísicas de la poesía gallega a la literatura universal. Galicia ha sabido responder a esta sensibilidad rosaliana haciendo suyo este colosal poema, en sus versos y hasta en su propia musicalización. La «Negra Sombra» es el sonido, la melodía de Galicia. Liszt compuso un célebre poema sinfónico, los «Preludios» sobre la base de unos versos de Lamartine: «La vida es el preludio de un canto del cual la muerte da la primera nota». Pero Rosalía es aquí mucho menos fervorosa que el músico húngaro y el poeta francés: Rosalía invierte la relación, pues para ella la Muerte sería el preludio ontológico de un canto, del cual la vida suena siempre como su última gran nota. La vida llegó tarde para los dioses; llegó pronto para el ser. Heidegger nos ha enseñado este drama. Quizá Rosalía nos lo hace más llevadero, porque nos dice que nuestro lugar metafísico es, justo, ese ámbito donde, pronto o tarde, nuestro ser está «en punto», conectado con el mundo, abandonado a él, pero en plena identificación con él, sin hostilidad, sin ira.

J. M. LOPEZ NOGUEIRA

*Santiago de Compostela. Verano 1975.*